

DOS POEMAS DE BORGES

Alfonso Rangel Guerra*

Resumen: En el presente ensayo se analizan dos poemas de Jorge Luis Borges en los que se confunden las semejanzas o las diferencias. Ambos poemas se contienen en catorce versos, pero no puede afirmarse que son sonetos, pues ninguno se somete a la exigencia de integrarse en dos cuartetos más dos tercetos, con el orden interno, planteamientos y solución que van de unos a otros y quedan sólo como testimonio del suceder vital. El primero se titula “A quien está leyéndome”; el segundo se llama “Una rosa y Milton”, y ambos están en el libro de versos titulado *El otro, el mismo*, publicado primeramente en 1964.

Palabras clave: Jorge Luis Borges, Heráclito, John Milton, poesía argentina.

I

LA POESÍA ES CAPAZ DE REVELAR SIMILITUDES Y DIFERENCIAS de cosas existentes, o sólo imaginadas. La poesía puede mostrar circunstancias transitorias o aparentemente efímeras, o bien testimoniar actitudes humanas de relevancia existencial. Lo primero que sorprende en el poema denominado “A quien está leyéndome”, es su título. Se refiere al lector mismo que está precisamente leyendo este poema. No se refiere al que ya leyó el poema, o al que pueda leerlo en el futuro. Se trata del lector que se encuentra en el acto mismo de leer a Borges. No está claro si

* Ex rector de la UANL. Investigador, escritor, humanista. Actualmente se desempeña como Coordinador del Centro de Estudios Humanísticos de la UANL.

se trata del momento de leer este poema, espero nos inclinamos a pensar que menciona al lector que está leyendo el poema llamado “A quien está leyéndome”.

¿Y qué dice el poema? El poema se ocupa de la fugacidad de la vida, de lo transitorio de la vida misma, como veremos a continuación.

Las primeras palabras del poema están dirigidas a su lector, diciéndole: “Eres invulnerable”. De nuevo surge otra pregunta, pues no está claro por qué el autor del poema afirma esto. El diccionario nos dice: *invulnerable* es aquel que no puede ser herido. Curiosamente, por lo dicho posteriormente en el poema, esta afirmación significa que el lector como ser humano es alguien a quien no se le puede modificar en su tiempo vital; los hombres son poseedores de un destino que nada ni nadie puede cambiar. Sea una vida larga o corta, no puede ser algo que se altere. Tampoco puede cambiarse la circunstancia de que se viva una vida tranquila o agitada, sencilla o difícil, o bien brillante o falta de significado.

En otras palabras, los hombres tienen, al nacer, un destino prefijado. Lo más seguro es que el individuo ignore cuál sea ese destino, y seguramente puede añadirse que todos (sus familiares, sus amigos, sus conocidos), y todos los hombres, también lo ignoran, como lo ignora el propio portador de ese destino. Esta singular condición de “invulnerabilidad” que poseen todos los mortales, se revela en el contenido del poema.

Después de la afirmación categórica que el poeta dice a su lector, a continuación le hace una pregunta, que se establece en el resto del primer verso, hasta la primera parte del tercero: “¿No te han dado / los númenes que rigen tu destino / certidumbre de polvo?”

Esta pregunta esconde dos: primera: ¿no te han dicho los númenes (es decir los dioses) que eres mortal?”, y segunda: ¿no te han dicho cuándo vas a morir? Es obvio que ambas preguntas tienen una respuesta negativa, pues los hombres, en su niñez, no saben que van a morir y será hasta la adolescencia, o después,

cuando tendrán la certidumbre de que son mortales. Esto en cuanto a la primera pregunta.

En cuanto a la segunda, la respuesta también es negativa, pero además se añade que nadie, ningún mortal, sabe cuándo va a morir.

Aquí de nuevo el poeta se dirige a su lector y le hace otra pregunta: “¿No es acaso / tu irreversible tiempo el de aquel río / en cuyo espejo Heráclito vio el símbolo / de su fugacidad?” Esta larga pregunta, se escribe desde la parte final del verso tercero, en el cuarto verso continúa, pasa al quinto y termina en la primera mitad del sexto verso. La pregunta contiene varias partes:

En la primera expone una comparación entre el tiempo vital del lector que lo está leyendo, tiempo al que identifica como “irreversible”, y el tiempo del río. Al enfrentar los dos tiempos, ambos tienen una semejanza: los dos son irreversibles, ninguno retorna. El tiempo vital del lector no vuelve, como tampoco vuelve el del río, pues sus aguas fluyen y se van y nunca serán las mismas aguas. Pero al inicio de esta exposición dijimos que la pregunta hecha al lector era extensa. En efecto, la exposición continúa para decir que ¿en esas aguas (“el espejo”) Heráclito vio el símbolo de su fugacidad? Y aquí precisamente termina la pregunta.

Al concluir la pregunta, el poeta sigue dirigiéndose a su lector, pero lo que dice ahora es una afirmación definitiva. Al continuar dirigiéndose al lector, es para decirle: “Te espera el mármol”. El mármol es un elemento duro y pétreo, distinto al agua fluente que corre, y también diferente al polvo, mencionado en el tercer verso para hablar de aquello en que se convertirá el lector cuando se cumpla su destino.

El mármol es un elemento perdurable en el tiempo. Puede durar siglos, o milenios para testimoniar la muerte. Sin embargo los dos, el polvo y el mármol, se refieren a la extinción (el destino, el polvo). Esa pieza marmórea es la que indica el lugar de la tumba, el sitio final del destino humano. Con la palabra “mármol” termina el sexto verso, pero lo que completa la

expresión está en el verso siguiente, el siete: “Te espera el mármol / que no leerás”.

Esta condición es explicable porque todo corresponde a la vida terminada, concluida. En ese mármol están escritos “la fecha, la ciudad, el epitafio”, todo calificado en el siguiente verso como “Sueños del tiempo”. Esta denominación poética se refiere al texto inscrito en el mármol: El lugar donde morirá el lector; después el nombre de la ciudad donde ocurre la muerte; y la tercera inscripción es el epitafio, es decir, la referencia personal sobre el difunto.

Todo esto es lo que el poeta llama “Sueños del tiempo”: sucesos pasajeros, acontecimientos del vivir; es decir, sueños que llegan y se van. Todo transitorio, todo efímero, como la vida misma. Pero el verso completo dice: “Sueños del tiempo son también los otros”. Puede preguntarse: ¿cuáles otros? La respuesta es: todos, es decir, todos los acontecimientos de la vida, que no son, como dice el siguiente verso: “no firme bronce ni acendrado oro”. Es decir: Toda la vida está convertida en “sueños del tiempo”.

El verso siguiente es solitario y dice: “El universo es como tú, Proteo”. Todo cambia, todo es proteico. Se transforma, pero sin embargo esta diversidad no le otorga ser perdurable. Cualquiera sea su forma, es transitorio, efímero: sueños del tiempo.

Para concluir el poema, en los últimos versos el poeta es categórico. Llama “sombra” al lector y le anuncia su destino: “Sombra, irás a la sombra que te aguarda / fatal en el confín de tu jornada; / piensa que de algún modo ya estás muerto”.

Esta conclusión del poema se refiere a la conclusión de la vida. Todo se extingue, todo acaba. Es el destino de todo lo humano. Es tan cabal esta condición que el último verso es poderosamente concluyente: Si todo el que nace muere, si la vida sólo es tránsito, si la muerte es un acontecimiento inevitable, nada más simple que entender la condición mortal como una extinción inevitable, acéptese la declaración del verso

final como una condición fatal de toda vida humana: “Piensa que de algún modo ya estás muerto”.

Esta conclusión mortal del hombre es algo que está presente durante toda la vida humana. Y nos preguntamos por qué Jorge Luis Borges escribió este poema dirigido a aquel que, por el solo hecho de leerlo, recibe dicho mensaje que, debe entenderse, se dirige a quien está leyéndolo.

Es posible que su condición de lector del poema de Borges, siendo transitoria, reciba este mensaje como algo significativo, pues el mensaje del poema pudiera no dirigirse al lector que está leyendo a Borges en general. Pero no es así, Borges declara sin duda: “A quien está leyéndome”. Queda esta pregunta sin respuesta.

Los catorce versos del poema se dividen en tres partes: la primera se refiere al tiempo y comprende los cinco primeros versos y seis sílabas del sexto verso. La segunda parte del poema se integra con las cinco sílabas restantes del citado sexto verso, más el séptimo y los siguientes cuatro (el octavo, el noveno, el décimo y el décimo primero). Finalmente, la tercera parte contiene los últimos tres versos (el décimo segundo, el décimo tercero y el décimo cuarto) y se habla en ellos del destino fatal del lector.

El último verso del poema que comentamos es una sentencia definitiva que propiamente domina todo el conjunto expresado en esta poesía. Sin embargo, tal como está dicha: “Piensa que de algún modo ya estás muerto”, también es desconcertante, pues los humanos tienen la certeza de ser mortales. Pero es evidente que este verso no sólo dice eso.

Dice algo más, que es justamente lo desconcertante. Primero invita al lector a pensar, y con esta invitación termina, se espera que el lector acepte algo inusitado: invita al lector a aceptar su condición mortal, pero lo perturbador es la forma en que se dice: si vas a morir en el futuro, puede decirse que de alguna manera ya estás muerto.

Pero decirlo así podría significar que la aceptación de la condición mortal supone la anulación de todo lo que puede

sucedir antes de la muerte, que es la vida. Si estamos condenados a morir, sabemos que entre el nacer y la muerte, hay un tiempo en el que la vida transcurre. Y este transcurrir de la vida, cuya duración ignoramos, puede significar muchas cosas, tantas como puedan ocurrir en toda una vida, Y si bien no sabemos cuánto dura ésta, salvo excepciones que por el azar, un accidente o cualquier situación imprevisible, en la mayoría de los casos es prolongada.

Nadie sabe si su vida será corta o larga, brillante o descolorida, accidentada o estable, creadora o carente de significación, pero la historia nos demuestra que el desarrollo de la humanidad manifiesta que la vida, de algunos hombres y mujeres ha sido en tal forma creadora y productiva, que es algo sorprendente. En ella pueden ocurrir acontecimientos cuya fuerza y valor han sido de indudable poder transformador. Hay vidas heroicas, vidas creativas, generosas, inventivas, perturbadoras, para bien o para mal, de la condición humana y del mundo.

Así, no puede establecerse en una sentencia como la establecida en el último verso del poema “A quien está leyéndome”, de Borges, sin aclarar que en este verso no se puede aceptar la acción de valor, establecer o aceptar, que el saberse mortales puede significar, de alguna manera, la interpretación que puede borrar o quitar su valor a la vida. Sin embargo, despejada a esta posible interpretación del último verso de este poema, su belleza poética es indiscutible, pues pone en movimiento una de las capacidades expresivas de la poesía.

Terminemos estas consideraciones sobre el poema “A quien está leyéndome”, de Jorge Luis Borges, incluyéndolo íntegro:

“A quien está leyéndome”

Eres invulnerable. ¿No te han dado
los númenes que rigen tu destino
certidumbre de polvo? ¿No es acaso
tu irreversible tiempo el de aquel río

Alfonso Rangel Guerra

en cuyo espejo Heráclito vio el símbolo
de su fugacidad? Te espera el mármol
que no leerás. En él ya están escritos
la fecha, la ciudad y el epitafio.
Sueños del tiempo son también los otros,
no firme bronce ni acendrado oro;
el universo es, como tú, Proteo.
Sombra, irás a la sombra que te aguarda
fatal en el confín de tu jornada;
piensa que de algún modo ya estás muerto.

II

El otro poema de Jorge Luis Borges que veremos aquí está en el mismo libro que el anterior, y lo tomamos de la versión incluida en el volumen de las *Obras completas* (pág. 269) y su texto es el siguiente:

“Una rosa y Milton”

De las generaciones de las rosas
Que en el fondo del tiempo se han perdido
Quiero que una se salve del olvido
Una sin marca o signo entre las cosas
Que fueron. El destino me depara
Este don de nombrar por vez primera
Esa flor silenciosa, la postrera
Rosa que Milton acercó a su cara
Sin verla. Oh tú bermeja o amarilla
O blanca rosa de un jardín borrado,
Deja mágicamente tu pasado
Inmemorial y en este verso brilla,
Oro, sangre o marfil o tenebrosa
Como en sus manos, invisible rosa.

Como se puede ver, este poema es opuesto al anterior. En él se ofrece otra visión del mundo. En ambos se ocupa del tiempo, pero en cada uno se expresa en forma diferente. En el primero, la visión del tiempo permite entender que la acción temporal conduce fatalmente al epitafio y la tumba. En cambio, en éste se

muestra cómo una línea de acción que conduce a la obtención de una rosa, que es justamente de la que trata el poema: “De las generaciones de las rosas” -se dice en el primer verso- para completar la oración en el segundo: Que en el fondo del tiempo se han perdido, y pasando al tercero: “quiero que una se salve del olvido”, continuando en los versos siguientes, pero aquí nos detenemos para ocuparnos de estos dos versos iniciales.

Primero, Borges se remonta al tiempo pasado, tan lejos como pueda pensarse esa lejanía. Esta imagen de la que se podrá decir que se refiere a todas las rosas que han sido hasta el presente que se muestra en el poema. Tal dimensión se refiere a la totalidad de las rosas que han sido. Y frente a esta integridad, los dos versos siguientes nos dicen para qué ha propuesto el autor dicha suma. “Que en el fondo del tiempo se han perdido / quiero que una se salve del olvido”. Ahora sí se entiende la intención del poeta, al expresar en los tres primeros versos hacia dónde se dirige la primera exposición del poema.

Esta forma de mostrar el texto es característica de la poesía de Borges. Así ocurre en el poema “A quién está leyéndome”, comentado antes, en el que se utiliza el mismo procedimiento en los primeros seis versos. O también en el poema “Una brújula”, en cuyos primeros versos dice: “Todas las cosas son palabras del / idioma en que Alguien o Algo, noche y día / escribe esa infinita algarabía...” (O.C., II, p. 253.)

Todavía no sabemos para qué quiere salvar una rosa del olvido. Sin embargo, la rosa escogida para ser salvada del olvido, no posee una característica especial, no es la más bella, ni la que exhala el mejor perfume. Por el comentario posterior, tal como la identifica el poeta, es una rosa que no posee ninguna condición especial, pues la define como: “una sin marca o signo entre las cosas”.

Consecuentemente, si la rosa seleccionada para ser salvada del olvido no posee ninguna cualidad especial, debemos buscar fuera de ella su importancia, es decir, algo ocurre con esa rosa, para que merezca esta distinción. Y entonces Borges lo dice en los tres versos siguientes. Sin embargo, lo que dice en el primero

de estos tres versos no se ocupa de lo propio de la rosa, sino que se indica la significación que se otorga al poeta por nombrarla por vez primera, pues nadie antes se ocupó de ella si bien con esta rosa ocurre algo significativo. Borges dice: “Este don de nombrar por vez primera”, es decir identificarla porque con ella ocurre algo peculiar, no por su belleza, ni su perfume, sino porque el poeta inglés John Milton la acercó a su cara.

Siguiendo el procedimiento del poeta Jorge Luis Borges, sabemos algo parcialmente, es decir, todavía no sabemos para qué la acerca a su cara. Recordemos que el poeta se remontó en el tiempo para rescatarla del olvido, entre todas las rosas que en el tiempo han sido, una que no debe ser olvidada, pues con ella ocurrió que el poeta inglés John Milton, un día la acercó a su cara.

Aquí se repite la acción de Borges de no entregar al lector la acción completa, acogiéndose a la forma del verso, sujeto a la condición de terminarlo en su décima primera sílaba, que se impuso el propio autor desde el principio del poema. Pues la expresión concluye con las dos palabras que conceden el sentido completo: “sin verla”; es decir: “rosa que Milton acercó a su cara / sin verla”.

De nuevo surge la pregunta y para responderla tenemos que interrumpir de nuevo el poema. Milton no ve a la rosa sencillamente porque está ciego. El poeta inglés perdió la vista en el año de 1652, cuando tenía 44 años de edad. Sin embargo, debemos añadir que esta condición de ceguera cobra aquí una importancia especial, porque el autor del poema, Jorge Luis Borges, también está ciego. Pero Milton perdió la vista en 1652 y Borges sufrió una ceguera similar a la de su padre, progresiva. Cuando en 1955 Jorge Luis Borges fue designado director de la Biblioteca Nacional, en Buenos Aires, ya no podía leer. Entonces escribió “El poema de los dones”, donde expone en los versos iniciales:

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía

me dio a la vez los libros y la noche.

La condición común de Milton y de Borges debió importar para que este último escribiera el poema que comentamos, pues es inevitable pensar que la carencia de vista influyó para realizar la escritura de un poeta, que como él, padeció la falta de luz propia para identificar lo que ocurre a su alrededor. Después de manifestar indirectamente la condición de no ver el mundo y sus manifestaciones, llevó a Borges a dejar su testimonio de este poema.

En el verso mismo que expone la carencia de visión de Milton, Borges exclama la maravilla de color de la flor no vista por el poeta inglés: “Oh tú bermeja o amarilla o blanca rosa de un jardín borrado, / inmemorial en este verso brilla”, pues ni Milton, ni Borges conocen el color de la flor. Esta imposibilidad de conocer el verdadero color de la rosa, no impide que el poeta autor de los versos que comentamos, eleve a la máxima expresión cualquiera de los colores que la rosa podría poseer, y expresen su condición de flor imperecedera, nombrando los posibles colores de esta rosa, mencionándolos no como suelen denominarse: amarilla, roja o blanca, sino utilizando el color mediante la metáfora que transpone el nombre simple por su denominación derivada del uso del lenguaje literario: oro, sangre y marfil.

Esta transformación del posible color de la rosa salvada del olvido, antecede al de esa misma, rosa ahora nombrada “tenebrosa” o negra, como símbolo de la flor, que está en sus manos, para decirlo con el último verso del poema: “como en sus manos, invisible rosa”. Invisible, porque nadie la vio, ni Milton, ni Borges, ni los contemporáneos del poeta inglés, que si acaso supieron cuál fue su color, quedó enterrado en el olvido impuesto por el tiempo.

Este poema, como el anterior, se divide en tres partes. La primera comprende los primeros cuatro versos, más tres sílabas del siguiente y en ellos se remonta en el tiempo para mencionar todas las generaciones de rosas que han sido. Es decir, en estos versos se denomina el largo transcurso del tiempo. Además de

mencionar todas las generaciones de las rosas que en el tiempo han sido, añade que quiere salvar una: “una sin marca o signo entre las cosas / que fueron”.

La segunda parte del poema es para decir, primero que el destino le depara “este don de nombrar “esa flor silenciosa, la postrera”. Esta parte comprende las sílabas restantes del verso quinto, más el sexto, el séptimo, el octavo y las tres primeras sílabas del verso noveno, integrándose en cinco versos (sumándole las sílabas sueltas del quinto y el noveno).

La tercera parte, finalmente, se contiene en los últimos cinco versos, dedicados todos a la rosa salvada del olvido.

Los dos poemas son muy diferentes. Mientras el primero se refiere al tiempo que transcurre, el segundo trae del pasado un acto del poeta ciego John Milton y con él la mención de la rosa rescatada del olvido.

Esta visión de Borges sobre el tiempo permite identificarlo, primero como revelación de la condición humana; y después como visión formada de la vida del poeta inglés John Milton, para ocuparse de un gesto personal de Milton, junto con el del autor del poema, que estima como un don el mencionar por primera vez a la rosa procedente del pasado que tomó Milton en sus manos para percatarse de su perfume. Así en el primer poema el tiempo es el de la extinción final y en el segundo es apenas un gesto de un poeta ciego, que se vuelve factor dominante. Sin embargo, no puede decirse que un poema anula al otro. Esto no ocurre en los sucesos humanos ni en su exposición poética.

Los dos poemas quedan así como dos aspectos diferentes de la condición humana. El tiempo como rescate del pasado, y el tiempo como suceder vital y definitivo.